

municaciones con Francia. Entones conoció cuán útil le habría sido la amistad de Bernadotte, que podía recobrar la Finlandia y atacar á Petersburgo, pero este nuevo rey se había unido ya á sus enemigos. Los generales del grande ejército á quienes los desastres habían devuelto aquella franqueza de lenguaje que no es propia de la ostentación y disimulo que inspiran los triunfos, se manifestaban ahora cansados, porque no necesitaban ya adquirir gloria, y tan solo deseaban gozar en París de la que tenían. Comenzóse, pues, la retirada sobre Smolensko [19 de Octubre de 1812] con carrozas y trenes cargados de tesoros, de objetos de plata y de pieles, consoladas las tropas porque se iban acercando á su patria con las mochilas llenas de telas de seda, joyas y preciosidades. Napoleon, antes de salir, mandó que se destruyera todo cuanto había quedado en Moscou en materia de armas, pólvora y víveres; así el mastin muerde la piedra que lo ha herido.

Quedaban todavía á Napoleon cien mil infantes con quinientos sesenta y nueve cañones y dos mil setenta carruajes buenos y fuertes, aunque la caballería era ya escasa. Pero los rusos redoblaron sus esfuerzos cuando vieron que la venganza de Dios comenzaba á descargar sus rayos sobre el enemigo. Kutusof cerró entonces el paso al grande ejército en Malojarslavetz, pero el valor de los italianos, distinguiéndose en aquel trance, sirvió de mucho amparo á los franceses, los cuales marcharon luego sobre el Beresina, país ya devastado por primera vez; atravesaron el campo de Moskowa, donde todavía despues de cincuenta días algun herido invocaba de sus compañeros de armas el socorro ó la muerte, y en todas partes se encontraban con que les habían ganado la delantera los rusos, mas prácticos en el terreno, mejor provistos, servidos por los paisanos, entusiasmados por Kutusof, que les hablaba de Bonaparte como del tirano del mundo, y escitados por Alejandro á que apagasen con sangre francesa el incendio de Moscou.

Los cosacos "miserable caballería," como los llamaba Napoleon, eran el terror del ejército, no dejándolo reposar ni de día ni de noche. La confusion que ya desde el principio había tomado incremento en un ejército improvisado y compuesto de hombres que hablaban idiomas tan diversos, llegó entonces á su colmo: muchos desertaron, otros arrojaron las armas, y penetrando el desorden entre las tropas, la muerte hizo en sus filas grandes estragos. De los ochenta mil caballos que llevó Napoleon, apenas quedaban doce mil en Noviembre; y de cien mil infantes que salieron de Moscou, apenas llegaron cincuenta y ocho mil á Wiasma.

Entonces sobrevino un frio agudo y penetrante que debía, no producir, pero sí exacerbar aquel desastre. Comenzó en Noviembre á nevar, borrándose todo vestigio de caminos, de suerte que las tropas marchaban

al acaso cegadas por la nieve, y se hundian en los pantanos. Acosados los hombres por el viento, y entumidos por el frio, una piedra, un tronco de árbol les hacia caer, y no siendo ya capaces de levantarse, pronto quedaban sepultados entre la nieve. Sus manos encogidas por el frio y llenas de grietas no podian sostener los fusiles; helábaseles las estremidades, y despues se les agangrenaban, y finalmente, el que se adormecía, no volvía á despertar. Algunos al descubrir un sendero se dirigian por él, esperando llegar á parajes habitados; pero se veian inmediatamente acometidos por los naturales del país y por los cosacos que les dejaban espirar lentamente sobre la nieve. Los caballos no herados á ramplon se deslizaban á cada paso, golpeaban el suelo para encontrar un poco de agua, y mordian las heladas cortezas de los árboles para procurarse alimento. Cuando caian sin fuerza, los soldados se apresuraban á acabar con ellos para comer algun pedazo de sus miserables despojos, ó calentarse las manos y los pies en sus vísceras; cada vivac se convertía al día siguiente en un cementerio por falta de fuego; los soldados que se echaban en el suelo con el morral á la espalda y la brida del caballo en el brazo para resistir mas el frio se tenían abrazados uno á otro; pero muchos no abrazaban por la mañana mas que un cadáver, y le abandonaban sin compadecer su suerte. Cuando encontraban un poco de leña, ponian al fuego la marmita cuidadosamente conservada, y la pólvora hacia las veces de sal para condimentar un puñado de harina de centeno ó un trozo de carne de caballo. Un feroz egoismo reemplazó á aquella generosidad tan propia de los soldados, así que cada uno miraba tan solo para sí, disputándose hasta con la punta de la espada el último bocado de un pequeño haz de paja ó de leña. Si un compañero caía no se pensaba en alargar la mano para levantarlo, y á otros antes de que perecieran en medio del hielo se les quitaba la chaqueta de piel para echársela á cuestras caliente todavía. En vano los que no podian tenerse de pié y los heridos abrazaban las rodillas de sus camaradas pidiéndoles auxilio, por sus deudos, por su patria, por sus amantes que no los abandonasen. Cuando las tropas se preparaban á marchar, estos infelices se arrastraban por el suelo boca abajo como animales lanzando quejidos lastimeros, mostrando con espanto á los cosacos que se acercaban, pidiendo un sorbo de agua ó á lo menos un tiro para no caer en manos de aquellos formidables enemigos. Otros perdían el juicio ó ostentaban en su aturdimiento una gravedad feroz entre ridículos harapos.

No podía por cierto entrar en los cálculos de un buen general la helada de un invierno tan rigoroso; pero debía haber previsto el desorden y el hambre que sembró el camino de cadáveres, y dió ciento treinta y cinco

mil prisioneros á los rusos. Por lo demas estos cuando huían, vaciaban y arrasaban los almacenes, así que las tropas francesas carecian siempre de víveres para cubrir sus necesidades. Solo la guardia de Napoleon se mantuvo unida y fue la que lo salvó.

Concentrábansé entretanto los ejércitos rusos del Danubio y de Finlandia sobre el Beresina para hacer frente á los franceses, perseguidos por Kutusof y acosados sin descanso por Miloradowick y Platof, de suerte que las tropas de Napoleon se veian presentar la batalla que tanto había anhelado cuando se hallaban ya incapaces de combatir (26 de Noviembre de 1812). Fue entonces cuando llegaron Oudinot y Victor con dos cuerpos de ejército que se habían quedado en Lituania y que desde las posiciones de Wittgenstein y de Ciciakof podian proteger el paso de aquellos restos miserables de tropa. Pero estos mariscales, que por haber dado crédito á las falaces relaciones de los partes napoleónicos se habían lisonjeado de encontrar un ejército ufano con sus victorias, se hallaron ahora unidos con sombras asquerosas y amedrentadas, ferozmente severas, sin equipajes, sin armas sin zapatos, con las narices y las orejas agangrenadas, y lívido é hinchado el resto del cuerpo, con los ojos inmóviles ó ciegos; imbéciles dementes, y arrojándose á sus plantas para implorar de ellos un pedazo de pan. Verificóse el paso del rio en gran desorden: Ney protegió la retirada; la guardia real italiana prodigó heroicamente su sangre por defender una gloria que no era la suya; cinco mil soldados quedaron á la otra parte del rio y á la lista no respondieron mas que mil ochocientos. Los comisarios en esta circunstancia nada habían preparado en el camino, engañados por los boletines que propalaban continuas y mentirosas victorias. También en Francia, en Italia y Alemania la tristeza de tantas familias privadas de sus parientes se había dulcificado con el repetido anuncio de triunfos, cuando de repente todo lo desmintió el boletín número veintinueve, en el cual Napoleon anunciaba el desastre, atribuyéndolo al frio, para que los hombres no pudieran jactarse de haberlo ocasionado. Al mismo tiempo insultaba á los que habían padecido, diciendo: "Aquellos á quienes la naturaleza no había dotado de un temperamento bastante robusto para sobrellevar las vicisitudes de la suerte, perdieron la alegría y el humor festivo y no pensaron mas que en desgracias y catástrofes; á que los que estaban dotados de facultades naturales superiores á todo evento conservaron su viveza y maneras acostumbradas, y en las dificultades que debían vencerse vieron la ocasion de adquirir nueva gloria." Despues concluía: "La salud de S. M. jamás ha sido mejor."

¡Buen consuelo para un millon de viudas y de amantes! Napoleon volvía sano y salvo, y no tenía una palabra de compasion para

tantos muertos, ni una frase de consuelo para los que habían sobrevivido [1].

Aquella última frase inhumana le era dictada por la persuasion en que estaba de que su grandeza se fundaba en él solo y de que su raza no era nada. Gran verdad que Napoleon acababa de experimentar, pues ocho años de imperio con todas sus pompas no habían destruido el partido republicano, ni el de los que se mantenían fieles á los Borbones, al paso que la persecucion religiosa había aumentado el número de los descontentos. Todos éstos se hallaban confundidos unos con otros en las pobladísimas prisiones de Estado y podian entenderse en el terreno comun del odio contra el opresor, comprendiendo que el servilismo de que Napoleon, estaba rodeado, no le daba fuerza, antes bien, caeria al primer choque. Semejante debilidad fué tan patente para el general Malet de Dôle, que en el medio de Francia se atrevió á urdir una conjuracion. Pertenece este general á los filadelfios, jóvenes que desde 1804 habían jurado matar á Napoleon, y lo seguian á la corte y á la guerra esperando el momento oportuno. Con este cortísimo número de gente acordó Malet que se anunciase que Napoleon había muerto; con lo cual se esperaba que el senado declararía destronada su dinastía, y que se despertaría el patriotismo con el canto de la *Marsellesa*. Malet condujo tan bien la conjuracion, publicando la muerte del déspota ante hombres que habían cesado de creer en su invencibilidad, que durante toda una noche tuvo París en sus manos y el ministro de policía en las prisiones en lugar de los antiguos presos; parte de la guarnicion creyó la noticia y se habría hecho la revolucion, si un general que dudaba de las aserciones de Malet no lo hubiera puesto preso. Entonces todo se deshizo de improviso, de la misma manera que se había hecho; avergonzada la policía de no haber sabido nada y los demas de haber aceptado la decretada destitucion, se mostraron feroces en el castigo. Preguntado Malet si tenía cómplices, respondió: "Toda Francia, y vos mismo, general, si el golpe hubiera salido bien." Habiéndole propuesto que se defendiera, dijo: "El que se ha levantado para defender los derechos de su país, no ha menester defen-

(1) Pero si es aun posible concebir un rasgo mas inhumano, este fué la nota que insertó el *Monitor* al anunciar la muerte de cuatrocientos mil hombres, segun referia el boletín de Napoleon respecto del grande ejército. "Este boletín, decia el *Monitor*, admira aun mas por la firmeza estóica y el poderoso genio de S. M. Hay pocas páginas en la historia antigua y moderna que puedan compararse con este memorable boletín, considerado bajo el aspecto de su nobleza, elevacion é interes: es un documento histórico de primer orden. Jenofonte y César han escrito tambien: el primero, la *Retirada de los diez mil* y el segundo sus *Comentarios*."

sa;" y murió con doce compañeros mas, esclamando: "Ciudadanos, yo no soy el último de los romanos." Mientras era fusilado como traidor, se le presentaba en todas partes como un mentecato tachándose de locura su tentativa.

Y lo era en verdad; pero locura que revelaba la debilidad del imperio y le privaba de su prestigio, pues que en una noche se había quitado al emperador su capital, sin que de tantos como le eran adictos, ni uno solo hubiera hecho resistencia. Había mas: ni los conjurados, ni los senadores habían pensado por un momento en la emperatriz, ni en su hijo; y cuando Cambaceres informó del suceso á María Luisa, lo único que ésta dijo fué: "¿Me habrían dejado volver á Viena?" Ninguno, pues, creía en la estabilidad dinástica: cuando un decreto lo hacia todo, otro decreto podia destruirlo. Razon tenia Napoleon para asustarse ante semejantes síntomas [1]. Por otra parte, el grito nacional de España y de Alemania, tenia tambien eco en Francia; los ingleses fomentaban las ideas liberales, y en el Mediodía de Francia el gobierno se había creído obligado á fusilar á muchos republicanos.

Napoleon conoció, pues, la necesidad de volver al centro de una máquina que solo por él se movia, á fin de reprimir las esperanzas que pudiese originar su desastre y de preparar un nuevo ejército. Cedió, por tanto, á Murat el mando (5 de Diciembre de 1812), no por ser el mejor de sus generales, sino por ser rey, y tornó con toda presteza á Paris. No había dejado tras sí mas que cuatrocientos mil muertos (2).

[1] "Me llamaba menos la atencion la tentativa de culpable que la facilidad con que se adherian á ser sus cómplices aquellos mismos que me eran mas adictos. Ni uno solo había pensado en la menor resistencia, en el mas pequeño esfuerzo para defender y perpetuar el órden establecido. Parece que nadie había pensado en ello; tanto se habían acostumbrado á las mudanzas y á las revoluciones; cada cual se había mostrado pronto y resignado á ver brotar revoluciones nuevas. Pero todos los rostros se demudaron, y la confusion de muchos llegó hasta el extremo cuando les dije: "Señores, no habeis pretendido y dicho que vuestra revolucion había concluido? Habiais creído que me había muerto... pero ¿el rey de Roma? ¿Vuestros juramentos, vuestros principios, vuestras doctrinas? Vosotros me habeis temblar cuando pienso en el porvenir.—Mémorial de Sainte-Hélène, Noviembre de 1816.

[2] Napoleon niega las grandes pérdidas del ejército de Rusia, y dice que costó menos de cincuenta mil hombres á la Francia actual. "El ejército ruso perdió cuatro veces mas gente que el francés; el incendio de Moscou costó la vida á cien mil rusos que murieron de frio y de miseria en los bosques. En la marcha desde Moscou al Oder, el ejército ruso se vió espuesto á la intemperie. Todo calculado, la pérdida de Rusia fué seis veces mayor que la de la Francia de hoy."

SESTA COALICION.—CAMPAÑA DE SAJONIA.—
LOS ALIADOS EN FRANCIA.

De regreso á Paris, Napoleon distribuyó elogios y reconvenciones, y procuró reanimar la adhesion monárquica; pero el encanto estaba ya roto, y los franceses hastiados de un emperador embustero que les había engañado con boletines en que aseguraba que el tiempo era bueno y que todo iba bien mientras que las tropas estaban sometidas á padecimientos indecibles. No por esto se corrigió de su frenesí despótico; echó la culpa de los males del país á los liberales (1), y pidió nuevos sacrificios, sin querer conceder nada á los pueblos, entre los cuales los reyes habían restablecido el nombre de libertad. Despues corrió á Fontainebleau [1813] para celebrar una conferencia con el Papa; y á este anciano de setenta y un años, enfermo, rodeado exclusivamente de cardenales fieles al gobierno, le arrancó la firma de un concordato en que renunciaba al dominio temporal, y dejaba al arbitrio del metropolitano ó del obispo mas antiguo el dar la institucion canónica á los obispos, si el Papa no la daba en el término de seis meses. Con esto quedó tan satisfecho Napoleon como si hubiera conseguido un gran triunfo, y escarceló á los cardenales; pero Pio VII no tardó en retractarse, y publicó una protesta contra aquel acto de debilidad.

¿Quién podrá esplicar el júbilo que se apoderó de los enemigos de Napoleon y de las naciones que no habían probado de él mas que la tiranía, al saber los desastres de Rusia? La Alemania cantó á sus héroes antiguos y modernos, y divinizó á la heroica Luisa de Prusia y al librero Palm, que había muerto asesinado. En Italia se trabajaba para formar un reino independiente bajo el dominio de Murat ó del príncipe Eugenio. El heroísmo español se aumentó con el ejemplo del valor, moscovita. Inglaterra se animó á hacer nuevos esfuerzos visto el buen éxito de los primeros, y procuró, no ya escitar en el centro del imperio una guerra civil, sino favorecer en los extremos las tentativas para emancipar á los países sometidos contra su voluntad. Los descontentos antiguos y nuevos continuaron con mas ardor sus trabajos, esperando y preparando el día de la venganza. Luis XVIII escribió á Alejan-

Aunque esto fuese así, y sería absurdo admitirlo, ¿quién debería responder de la sangre de trescientos mil rusos, muertos en defensa de su patria?

[1] El 20 de Diciembre de 1812, decía al Consejo de Estado: "A la ideología, á esa tenebrosa metafísica, que investigando con sutileza las causas primeras quiere fundar sobre tales bases la legislación de los pueblos, en vez de acomodar las leyes al conocimiento del corazón humano y á las lecciones de la historia, deben atribuirse todos los males que ha experimentado nuestra hermosa Francia.

dro recomendándole la multitud de franceses que tenia en su poder prisioneros, é hizo circular en Francia un manifiesto prometiendo la amnistía, la abolicion de la conscripcion y un gobierno templado; cebo de que todos los reyes usaban entonces, persuadidos de que solo con libertad podria ser abatido aquel á quien la libertad había hecho grande.

Así se pronunciaba la opinion en contra del emperador, al paso que la poblacion se presentaba sin fuerzas; pero entonces se vió cuál era el poder de la administracion imperial, pues que bastó para renovar los prodigios de la Convencion. Mientras el pueblo desfogaba su cólera en alusiones y pasquines burlando la vigilancia de la policía, llegaban de todas partes á manos del gobierno felicitaciones y ofertas de los prefectos y de todos los cuerpos del Estado. No había ya en el país ni artillería ni caballería, ni dinero, ni jóvenes; pero Napoleon con su actividad infatigable llamó al servicio á los artilleros de marina; anticipó otra conscripcion, movilizó la primera division de la guardia nacional, y se puso en marcha con una guardia de honor de diez mil jóvenes de buenas familias, que le servia tambien de prenda por la tranquilidad interior; porque todo lo puede aquel á quien nada contiene, ni aun la compacion.

Su lenguaje en estas circunstancias fué el mismo que en los días de la gloria (1), siendo mas falaz que de costumbre la esposicion de la prosperidad francesa, de lo floreciente del ejército, de la actividad del comercio y

[1] Decía el cuerpo legislativo:

"La guerra atizada en el Norte ofrecia á los ingleses ocasion favorable para sus proyectos sobre la Península; pero sus esperanzas se han desvanecido; su ejército ha sido derrotado delante de Burgos, y despues de grandes pérdidas han tenido que evacuar la España.

"Yo mismo entré en Rusia, y los ejércitos franceses fueron constantemente victoriosos; jamas los rusos pudieron hacer frente á nuestras águilas, y Moscou cayó en nuestro poder.

"Un enjambre de tártaros volvió sus manos parricidas contra las mas hermosas comarcas de aquel vasto imperio que estaban llamados á defender; y en pocas semanas, á pesar de la desesperacion de los pobres moscovitas, incendiaron mas de cuatro mil de sus mejores ciudades, con lo cual dieron satisfaccion á sus antiguos rencores bajo el pretexto de retardar nuestra marcha rodeándonos de un desierto.

Sin embargo, triunfamos de tantos obstáculos. Hasta el incendio de Moscou, donde en cuatro días quedó aniquilado el fruto de las tareas y de los ahorros de cuarenta generaciones, mi próspera situacion no había sufrido alteracion ninguna. Pero el invierno prematuro y riguroso atrajo una terrible calamidad sobre mi ejército. En pocas noches todo mudó de aspecto, y tan graves pérdidas habrian oprimido mi corazón si en semejante trance hubiese podido dar cabida á senti-

obras públicas [1]; y presentándose por otra parte un presupuesto de gastos calculados en mil ciento cincuenta millones de francos, mientras que los ingresos ordinarios con todos los aumentos no llegaban á novecientos sesenta millones. El crédito había dejado tambien de existir, y para obtener recursos se echó mano de todos los bienes comunes y de las fundaciones piadosas, mientras que por otra parte el pueblo se moria de frio y de hambre. Napoleon, despues de haber dejado el gobierno bajo la regencia de María Luisa, preparó una nueva campaña formida-

mientos que no fueran los del interes, la gloria y el porvenir de mis pueblos.

"Inglaterra se regocijó con nuestras desgracias y ofreció nuestras mejores provincias en recompensa á la traicion, poniendo por condicion de la paz la desmembracion de este hermoso imperio; en suma, proclamando la guerra perpétua.

"La energía de mis pueblos, su deseo de conservar la integridad del imperio, el amor que me muestran han disipado estas quimeras y traído á nuestros enemigos á mejor conocimiento.

"Con viva satisfaccion hemos visto á nuestros pueblos del reino de Italia, de la antigua Holanda y de los departamentos reunidos rivalizar en celo con los antiguos franceses, convencidos de que para ellos no hay esperanzas, porvenir y bienestar, sino en el triunfo del grande imperio.

"Inglaterra propaga entre nuestros vecinos el espíritu de rebelion contra los soberanos, deseosa de ver á todo el continente sumido en la guerra civil y entre los furiosos de la anarquía; pero la Providencia la ha designado como primera presa de la anarquía y de la guerra civil.

"He firmado directamente con el papa el concordato que termina las fatales diferencias que habían surgido en el gremio de la Iglesia. La dinastía francesa reina y reinará en España. Estoy satisfecho de todos mis aliados; ninguno me abandonará; mantendré la integridad de sus Estados, y los rusos habrán de volverse á su áspero clima.

"Yo anhele la paz necesaria al mundo. Cuatro veces la he propuesto solemnemente desde que se rompió el tratado de Amiens; pero no haré jamas sino una paz honrosa y conforme á los intereses y á la grandeza de mi imperio. Mi política no es misteriosa; he manifestado los sacrificios que podia hacer. Mientras que dure esta guerra marítima, mis pueblos deben estar prontos para toda especie de sacrificios, pues una paz bajo condiciones desventajosas nos haria perder cuanto hemos adquirido, y hasta la esperanza y la prosperidad de nuestros nietos."

(1) Las obras públicas desde 1804 á fines de 1812 costaron ciento diez y siete millones trescientos veintiocho mil setecientos diez francos. De los registros de la policía resulta que la poblacion de Paris menguó de seiscientas cincuenta mil almas á quinientas treinta mil; una tercera parte de las casas estaban desalquiladas, y sesenta y seis mil obreros matriculados, la mitad carecian de trabajo.